

CAPÍTULO 1

17 de junio de 1795

El alférez José María Sosa se persignó y le pasó la palma de la mano por el pescuezo a su caballo. Aquélla era la orden más estúpida que había tenido ocasión de escuchar en sus cuarenta y nueve años de vida pero la llevaría adelante. ¿Por qué? Porque la había dado el capitán y aquí se cumplen siempre las órdenes del capitán. Alférez, tome a tres de sus mejores hombres y ábrame, con ellos, las mismísimas puertas del infierno. Es que, quizás, a media tarde, vaya con mi esposa y contemple qué hay abajo. Pura curiosidad, ¿sabe?

Pues tú lo dejas todo y vas. Vas porque es tu trabajo y cumplir con tu trabajo es exactamente lo que ha logrado que en treinta años de carrera en las fuerzas presidiales hayas pasado de ser un simple soldado a alférez de una guarnición de cien hombres en cuyo seno te sientes, qué diablos, como en tu propia casa: la guarnición del presidio de San Agustín de Tucson. Un lugar aparte en el mundo.

Pero aquélla, sí, era la orden más estúpida que jamás sus oídos habían tenido ocasión de escuchar. Una orden que el capitán José de Zúñiga le había lanzado sin apenas levantar los ojos de su escritorio en la capitanía del presidio:

–Vaya y abra una ruta comercial con Zuni Pueblo. Es lo que ahora Tucson necesita, así que vaya y hágalo.

El capitán habría esperado que Sosa se levantara de su silla, saludara, se pusiera el sombrero y saliera de la estancia. La orden estaba dada y no admitía réplica alguna. Vaya y ábrame un camino hasta Zuni Pueblo. Como abrir las puertas del infierno, pero sin tanto calor.

Sosa no movió un músculo y dijo:

–Sabe, capitán, que esa tierra es peligrosa. Que no es tan sencillo llevar adelante la orden que usted me da.

Zúñiga no era un hombre de mal talante. No tenía carácter pendenciero ni acostumbraba a maltratar a los hombres bajo su mando. Al contrario, los consideraba sus propios hijos. Y al alférez Sosa, uno entre los más queridos. Ello, a pesar de que el alférez era nueve años mayor que el capitán. Y bastante más curtido en estas tierras que un Zúñiga recién llegado de California. De una vida, por decirlo de forma convencional, tranquila y reposada. Aquello no es Tucson ni lo será jamás. De manera que si ahora estás en Tucson, no sabes cómo respira Tucson y no tienes ni la más remota idea de a lo que expones a la gente de Tucson cuando das órdenes equivocadas, ¡cállate!

–No hay peligro alguno –dijo Zúñiga–. Yo mismo he ido hasta Zuni Pueblo y he regresado. Sin problemas, como sabe.

Era cierto. Hacía un par de semanas, el capitán había regresado de una gran expedición hasta Zuni Pueblo. Llegaron todos intactos y sin haber disparado un solo tiro. No, ni un solo apache a la vista. Se encuentran pacificados, alférez Sosa, y usted bien lo sabe pues ha participado en todas y cada una de las campañas emprendidas al respecto. Hemos repartido entre los salvajes licor suficiente para emborrachar a media América. Licor de tan alta graduación como miserable destilación: puro veneno para las ratas que, sin embargo, a los apaches les parecía néctar de dioses. Pues bebéoslo todo y no dejéis ni gota.

Eso hicieron. Se bebieron hasta la última gota y, cuando no les quedó más, vinieron de forma pacífica y solicitaron otra ronda. Más licor. Más de ese bebedizo que les transporta a otro mundo y les convierte en mejores personas. Bebed, bebed, por supuesto, y cuando no os quede más matarratas, regresad y os daremos más. Tenemos a cincuenta tipos en Tubac destilando para vosotros. Utilizan cualquier cosa a su alcance para lograr esto a lo que podéis llamar como

os parezca, pues carece de nombre y nosotros, la verdad, no pensamos molestarnos en dárselo. A fin de cuentas, este brebaje está destinado sólo a los apaches. Nosotros no nos lo trasegaríamos ni aunque nos apuntaran con un mosquete por la espalda, pero a vosotros parece encantaros. Quizás porque no habéis probado otra cosa en vuestra vida. Quizás porque realmente sois así de idiotas y os gusta destrozarnos por dentro con una basura que ni un condenado a muerte se llevaría a los labios.

Pues todo vuestro. Tenemos tanto como podáis beber. Os convierte en tipos dóciles y manejables. Sí, también os daremos algunas de esas armas de fuego que tanto ansiáis. Unos cuantos mosquetes para los jefes. No, no funcionan correctamente ni funcionarán en la vida. Nos hemos ocupado de ello. ¿O qué creáis? ¿Qué os íbamos a dar armas de verdad? ¿Qué os entregaríamos munición y os enseñaríamos a cargar? Debéis estar locos si habéis pensado algo semejante. Locos o borrachos. O ambas cosas.

Pacificados, en suma. Los apaches ya no suponen un problema para Tucson. No atacan de noche, no nos roban el ganado ni raptan a las mujeres para violarlas en sus apuestos campamentos perdidos en las montañas.

Una época de paz. De paz y de comercio que el bueno de Zúñiga quiere desarrollar más y más. En Zuni Pueblo hay un montón de indios pacíficos que están deseosos de aprender cómo se extraen turquesas de una mina y cómo se fabrican hermosos abalorios con ellas. El capitán ha tenido ocasión de contemplarlo con sus propios ojos. Buena gente, los zunis. Tranquilos hasta el aburrimiento. Y hacendosos, obedientes y dispuestos a aprender. ¡Quieren que les enseñemos a trabajar las turquesas! Por supuesto que sí. Puede que el capitán no lleve el tiempo suficiente en Tucson como para haber aspirado el verdadero aroma que subyace en el aire, pero sí se ha dado cuenta que aquí hay un filón. Un filón de turquesas. Pero, sobre todo, un filón de pesos.

De esta, nos hacemos todos ricos.

De manera que, dado que no existe peligro alguno en la ruta con Zuni Pueblo como he comprobado personalmente, vaya, alférez, y abra una senda de ida y vuelta. Tampoco estamos hablando

de distancias insalvables, ¿no? Son sólo cien leguas. Veinte días de camino a paso no excesivamente apresurado. Podemos establecer una ruta estable a través de la que, una o dos veces por semana, las caravanas comerciales viajen en uno y otro sentido. Turquesas y plata hacia el norte. Abalorios de una calidad jamás contemplada en Nueva España hacia el sur. Los zunis están de acuerdo y han prometido entregarse en cuerpo y alma al trabajo encomendado. Les pagaremos, por supuesto, y con los pesos que honradamente se ganen podrán comprarnos víveres, telas, armas y licor. Licor de verdad, del que nosotros mismos consumimos. Nada que ver con el aguardiente de maguey que les damos a los apaches a cambio de que nos dejen en paz.

–Más al norte –replicó el alférez Sosa– hay apaches que no están bajo nuestro control.

El capitán Zúñiga levantó el rostro de los papeles que tenía frente a sí y miró fijamente al alférez. Tenía los mofletes sonrosados y gordezuelos, una barbita ya cana no demasiado espesa y dos ojillos brillantes en medio de la frente. Como si Dios se los hubiera colocado un poco arriba en un error.

–¿Cómo lo sabe, alférez? –preguntó sin que en su tono existiera desafío alguno–. ¿Los ha visto alguna vez?

Sosa se tomó su tiempo antes de responder.

–No, no los he visto nunca –concedió.

–En ese caso –repuso Zúñiga hinchándose como un sapo–, no veo a santo de qué tanta objeción.

A santo de que los apaches se hallaban ahí fuera. ¿Que los de las inmediaciones de Tucson estaban pacificados? Así sería. Pacificados o, por decirlo con todas las palabras, borrachos como cubas. Desde que se levantaban hasta que se acostaban. Hombres, mujeres, ancianos y niños. Hasta los bebés bebían como animales. Aprendían a gatear y el primer rumbo que tomaban era el del mezcal abrasador: un traguito y la criatura nos deja en paz durante el resto del día. Un alimento excepcional que hace más hombres a los hombres y más bellas a las mujeres. Gran invento el que los españoles nos han traído. Podrían habérnoslo entregado antes y nos habríamos ahorrado dolorosos años de batallas que a nadie beneficiaron.

Pero las montañas y los desiertos están llenos de apaches. Repletos de ellos. Apaches que viven muy al norte y que no han visto a un blanco en su vida. Que disponen de caballos porque se los han robado a otras bandas apaches o porque los cambiaron por mujeres. Tres mujeres apaches por un caballo joven y con la dentadura en buen estado. Una mujer por un caballo con la dentadura en mal estado. Y dos abuelas por una mula. Siempre se pueden hacer tratos si las dos partes están dispuestas a llegar a un acuerdo.

De manera que ahí, hacia el norte, más allá de las montañas de Santa Catalina, hay apaches que todavía no han probado una sola gota de alcohol español. Que no tienen mosquetes ni pólvora ni falta que les hace: acércate a una distancia media de ellos y verás a qué velocidad gira en el aire un machete de filo de piedra rumbo a tu entrecejo. Atontado.

–Ponemos en peligro a nuestra gente –dijo Sosa.

¿En peligro? Vamos a ver, alférez. El capitán lo ha explicado pacientemente una vez, pero si es necesario volver a repetir las mismas palabras, se repiten: los apaches están pacificados y no existe peligro alguno en el camino hacia Zuni Pueblo. Él, el capitán en persona, ha comandado una expedición de cuyo éxito todavía se habla en el presidio. ¿Acaso el alférez no es participe de las conversaciones? ¡Claro que lo es! Sabe de sobra que el capitán Zúñiga tiene razón. Que no se equivoca cuando afirma que no existe peligro alguno al norte de Tucson y que podemos abrir una vía comercial que convertirá a Tucson en uno de los lugares más prósperos de Nueva España. Se van a enterar ahí abajo de lo que somos capaces aquí.

–Por el amor de Dios, alférez... –comenzó a decir Zúñiga abriendo los brazos y echándose hacia atrás en su asiento-. ¿Acaso no confía en mí?

No. En absoluto. Ni lo más mínimo.

–Por supuesto que sí, capitán. No me malinterprete... Pero quiero mostrarle mis reservas acerca de lo que pretende.

–No hay apaches hostiles en el norte. Lo he comprobado personalmente. Sé que es así, de manera que no hay nada más que discutir.

Lo había. Lo había y como para no salir de la capitania en tres días y tres noches. Pero estaban en un destacamento militar y en los destacamentos militares de la línea norte de Nueva España mandan

los capitanes. El teniente si acaso el capitán ha salido o se halla ausente. Pero jamás un alférez ha tomado decisiones estratégicas que afectan a todo el presidio. Jamás. Y no vamos a empezar hoy a cambiar las reglas, ¿verdad, Sosa?

Verdad.

–Lo que usted diga, capitán.

De manera que todo estaba tranquilo y los problemas no existían. Vamos a abrir una ruta comercial con Zuni Pueblo, cien leguas en línea recta en dirección noreste, y todo va a salir a pedir de boca. No sea usted ave de mal agüero, alférez. Cumpla las órdenes y todos nos beneficiaremos con ello.

Porque a usted no le está yendo nada mal, ¿no es así, alférez Sosa? Dispone de sus propias tierras en las inmediaciones del presidio y se está construyendo una casa nada modesta para disfrutar de los días de su retiro. Usted ya no se va a ninguna parte, alférez Sosa. Es vecino de Tucson y lo va a ser hasta el día en el que Dios nuestro Señor le llame a su lado. Mientras tanto, aquí se queda. En esta tierra que todos deseamos que sea rica y próspera. Somos dueños de miles y miles de cabezas de ganado pero, de un tiempo a esta parte, varias familias de mineros se han asentado entre nosotros. Gente de paz que cada mañana se levanta temprano y sale a buscar plata. Que sale a buscarla y que, mira por donde, la encuentra. No para convertirlos en los dueños y señores del presidio, pero sí para considerar la suya una actividad digna de ser tenida en cuenta. Plata, turquesas y un par de buenas manos artesanas sacando partido de todo ello. ¿Qué tal suena esto, Sosa? ¿Bien, verdad? Es bueno para Tucson. Es bueno para todos.

Vayamos un paso más adelante. En Zuni Pueblo hacen algo parecido a lo nuestro, pero si les enseñamos nuestras técnicas de trabajo, lo harán aún mejor. Y lo harán, como no puede ser de otra manera, para nosotros. Podemos suministrarles todo lo que necesiten y podremos comprarles todo lo que produzcan. En Nueva España se pagan muy bien las joyas trabajadas con diligencia y esmero. Y en Tucson conocemos cómo lograr que todos los hilos converjan en un solo nudo. Un nudo que nosotros controlaremos y que nos enriquecerá más allá de lo que jamás hayamos podido imaginar.

¿O es que piensa usted ser alférez durante toda su vida?

No, claro que no. Quiere su casa y quiere su tranquilidad. Como todos. En un lugar próspero donde los apaches ya no supongan un problema para la seguridad de nadie.

Pero lo suponen. Al menos de momento.

Esto es lo que, desde luego, el alférez Sosa creía. Y por ello pensó que la orden dada por el capitán Zúñiga suponía la orden más estúpida que había recibido en treinta años de servicio. Y las había recibido realmente estúpidas.

Pero no tenía sentido arriesgar más de la cuenta. ¿Adónde les iba a llevar todo aquello? ¿Turquesas? ¿Plata? ¿Indios zunis trabajando para Tucson a cien leguas de distancia? ¿Quién necesitaba algo así? Ellos eran ganaderos y el ganado les proveía de todo lo necesario. No necesitaban más y si alguien lo ansiaba era porque la codicia lo estaba guiando.

La codicia o la simple estupidez. Porque, y de esto el alférez Sosa estaba bastante seguro, el capitán Zúñiga no era un hombre ambicioso. Quería hacer reformas en el presidio y las reformas costaban dinero. Un dinero del que el presidio no disponía y que el capitán se había propuesto sacar de debajo de las piedras. De debajo de las piedras de Zuni Pueblo.

De forma que si Zúñiga no era codicioso y sólo le movían intereses nobles, la orden de partir hacia Zuni Pueblo junto a una caravana de colonos y tres dragones a modo de escolta sólo la daba porque era estúpido. Un tonto sin preparación, conocimientos ni carácter para hallarse al frente de este presidio. Un tipo venido de la costa californiana. De un lugar donde las preocupaciones son otras y, desde luego, mucho menos determinantes: ¿Lloverá antes de la noche? ¿Estará tierna la carne de la cena? ¿Es cierto que alguien ha visto un alacrán a tres leguas de aquí?

En Tucson, cada día ganado a la muerte es un regalo del Señor. Lo es desde el mismo día en el que, dos décadas atrás, fuera fundado. Lo es, también, hoy. Aunque algunos lo pasen por alto.

* * *

El capitán Zúñiga había determinado que se partiera al amanecer, pero estos asuntos siempre se retrasan. Alguien ha olvidado algo, un caballo se ha puesto enfermo, a una mula no la sacan del establo ni a puntapiés o alguna de las mujeres, cuando ya todo está empacado, guardado en las carretas y listo para emprender el largo camino hacia Zuni Pueblo, rompe a llorar como si aquello fuera el fin del mundo. Que si dejo atrás a mi hermana, a mi cuñado, a la tierra que ha sido mi casa durante casi toda mi vida... Algo horrible. Espantoso. Algo que hace que los dragones, de puro hartazgo y por no contemplar la escena con sus propios ojos, desmonten y vayan a orinar detrás de un árbol.

Los dragones. La gente que ha estado junto a Sosa desde que el mundo es mundo. Zúñiga ha dicho que tres. Que se lleve a tres y a ninguno más. El alférez, por supuesto, protesta. ¿Tres? ¿Cómo que tres? El camino estará plagado de peligros y tres hombres son insuficientes para proteger la comitiva. Pero el capitán no cede. Tres y que dé gracias pues le permite elegirlos personalmente. Como siga insistiendo, será el propio Zúñiga quién decida quién va y quién no va. Su talante es calmoso pero no por ello deja de ser el capitán al mando del presidio, ¿de acuerdo?

De acuerdo. Qué remedio. El alférez Sosa agachó la cabeza y tardó un instante en decidir que con él se iban Ramón Amézquita, Francisco Castro y Bautista Romero. Tres tipos a los que no dudaba en confiar su vida. Porque de esto se trataba: de que salieran a terreno descubierto y unos se protegieran a los otros frente a los mil peligros que les acecharían y que Zúñiga continuaba sin reconocer. Él, el capitán, persistía en su monserga de siempre. No había nada que temer ahí fuera. Enviaba a un oficial y a tres dragones para que los colonos no se perdieran en el desierto. Para que estuvieran siempre en la senda correcta y no acabaran a mil leguas de su destino.

Por si acaso, Sosa se va con los tres mejores dragones de la guarnición. Por si acaso.

Cuando las mujeres dejaron de llorar y se encaramaron al pescante de las carretas, ya era casi mediodía. Sosa montó en su caballo, se ajustó la cuera y comprobó sus armas. Tenía el mosquete a mano, el sable en el cinto y la lanza preparada para ser asida a

la primera de cambio. El capitán lo miró y sonrió. Con esa sonrisa bonachona más propia de un fraile bien alimentado que de todo un capitán de presidio.

–Qué testarudo es usted, alférez –dijo poniendo las manos en el cinturón de su uniforme–. ¡Deje en paz las armas! Le aseguro que no las va a necesitar en todo el viaje.

Ya, el alférez conocía la historia. El propio capitán en persona recorrió el área de extremo a extremo no hacía ni un mes y no halló peligro alguno. Un paseo que realizaron sin efectuar un solo disparo. Y sin, por supuesto, divisar un triste apache en leguas a la redonda.

¿Por qué no lo cuenta todo, capitán? ¿Por qué no añade que usted viajaba al frente de una columna de más de cien hombres provenientes no sólo de la guarnición de Tucson, sino también de las de la casi totalidad de presidios de Sonora? Cien tipos armados en tal forma que podrían matar a mil indios sin ni siquiera descender de los caballos. Un trabajo sencillo para la élite de los ejércitos españoles en el norte de Nueva España.

Habría o no apaches, pero, de haberlos, eran lo suficientemente listos como para no desear vérselas con la columna que Zúñiga había capitaneado en viaje de ida y vuelta a Zuni Pueblo.

¿Y al frente de qué diantre tenía que ponerse el alférez Sosa?

De esto: cuatro carretas tiradas, cada una de ellas, por dos caballos que, sin ser lo peor del establo de Tucson, no eran precisamente unos animales que traspiraran fortaleza. Soportarían el viaje, sí, pero si no se les pedía un esfuerzo excesivo. Despacio y sin prisa. Ni media legua más de la necesaria en cada jornada o aquellos animales se vendrían abajo. Las carretas estaban cargadas hasta los topes de fardos y cajas de madera y si no rompían uno o dos ejes en el trayecto, el alférez en persona prometía rezar tres avemarías a la Inmaculada Concepción.

De esto: cuatro familias compuestas por cinco varones, cuatro mujeres y once niños de edades comprendidas entre los cuatro y los dieciséis años. Cinco hombres de los cuales tres eran mineros y los otros dos artesanos de la plata. Cavar, arrancarle al suelo las turquesas y mostrar a los zunis cómo se trabajaba con ellas. Aprenden rápido, había dicho, ilusionado como un niño, el capitán Zúñiga.

Están deseosos de que vayamos y les enseñemos a ganarse la vida honradamente. Porque eso y no otra cosa es lo que vamos a hacer. Proporcionarles un digno modo de estar entre nosotros y servir a los propósitos del rey. Una frontera segura y próspera. Id, amigos míos, y abrid camino para que en un futuro no muy lejano un nuevo presidio se establezca en Zuni Pueblo. Son buena gente y van a demostrárnoslo trabajando duro para nosotros. En cuanto les enseñemos a hacerlo.

En cuanto los malditos apaches nos maten por el camino, violen a las mujeres y a las niñas y arranquen la cabellera incluso a los niños más pequeños, pensaremos que quizás no resultara tan buena idea lo de enviar españoles a Zuni Pueblo. Está un poco lejos, ¿no? Son tipos tranquilos y dispuestos los zunis, sí, pero entre ellos y nosotros se abren zanjas de puro infierno. No, el capitán ya se ha asegurado en persona de que nada de eso es cierto. Entonces, ¿quién diablos nos ha cortado la cabellera a nosotros?

El alférez Sosa miró hacia el cielo y frunció el ceño al observar que el sol estaba ya alto. Demasiado alto. Se estaban retrasando más de la cuenta y sus planes de llegar antes de la noche al río Santa Catalina se habían ido al garete.

En la primera de las carretas viajaba Claudio Rosas, español puro, casado con una mujer llamada María Dolores Pérez y que tenía la mitad de sangre española y la otra mitad pima. Rosas era platero, viajaba desarmado y le acompañaba su prole: dos niños varones de quince y once años y una criatura de cinco que apenas levantaba cuatro palmos del suelo. Flaca como la cola de un perro que no ha probado bocado en diez años.

Rosas se trasladaba con su familia a Zuni Pueblo para no regresar. Las cosas no le habían ido mal del todo en Tucson, pero una puerta abierta es una puerta abierta. Y a él se le abrió el mismísimo día en el que el capitán en persona se presentó en su taller y, tras descubrirse, le puso al día de sus planes. Le puso al día y le convenció de que todo lo que ahora ganaba aquí, lo podía multiplicar por cinco en Zuni Pueblo. O por diez.

Rosas no era capaz de realizar operaciones aritméticas tan complejas, pero sabía que podría suponer una vida diez veces mejor que

la actual. Sonrió y aceptó de inmediato. Al fin de cuentas, ¿qué más daba Tucson que Zuni Pueblo? Un lugar muy al norte en el que hace mucho calor y hay indios por todas partes. Iría, claro que sí. Porque los zunis no eran peligrosos, ¿no? En absoluto, Rosas, en absoluto. La gente más apacible que puedas echarle a la cara. De puro tranquilos que son, quizás tengas que azuzarlos un poco para que trabajen como es debido. Pero se les ve con ganas de aprender y de prosperar. Tribu inteligente donde las haya, sí. Con media docena como ellas, los problemas de la línea norte de Nueva España estarían resueltos. ¿Algo que ver con los apaches o los navajos? Ni de lejos, Rosas, ni de lejos. Los zunis se mueven despacio, observan con ojos ávidos y guardan respeto. La mayoría, por no decir todos, está bautizada y es miembro del rebaño del Señor. Hace cuatro o cinco años se establecieron allí un par de frailes que expanden a diario la palabra de Dios.

Entre cristianos se vive mejor. Y a salvo.

El platero Rosas reclutó a su cuñado Feliciano Pérez para la empresa. De un par de años a esta parte, Pérez, que estaba soltero y preveía estarlo hasta los restos, había decidido que la cría de ovejas no iba con él y se había puesto a ayudar a Rosas en el taller. Dos años no son muchos en este oficio y Pérez no destacaba especialmente por su habilidad en la mesa de trabajo, pero había aprendido unos cuantos trucos. Suficiente para que a Rosas le fuera de utilidad en Zuni Pueblo. ¿Vienes? Voy. A fin de cuentas, mi hermana es la única familia que tengo en este mundo y nada me ata a Tucson. Iré. No soy el mejor platero de Nueva España, pero sé hacerlo mucho mejor que esos zunis medio desnudos. Claro que sí.

Esa es la actitud.

En las otras tres carretas viajaban tres mineros, dos de los cuales eran coyotes y el tercero mulato. Sus esposas y los vástagos que arrastraban con ellos se perdían en un indescifrable entramado de sangres blancas, negras e indias que sólo Dios podría desentrañar. Criaturas del Señor, en todo caso, y suficiente para que el capitán Zúñiga los considerara vecinos de Tucson, súbditos del rey y mercedores de protección por parte del ejército español.

Los dos mineros coyotes eran hombres ya de cierta edad y entrados en carnes. Sosa no habría dicho que aquellos tipos pudieran

agazaparse durante horas y horas en un hueco en la tierra, pero así parecía ser. El capitán los había elegido personalmente y no sería él quien lo pondría en duda. Respondían a los nombres de Vicente Ibarra y Manuel Camacho, y cada uno de ellos llevaba consigo esposa y tres muchachos. Todos varones y destinados a establecerse en Zuni Pueblo. Ojalá las muchachas zunis fueran guapas y de generosas curvas, porque si a los jóvenes españoles algún día les daba por casarse y formar sus propias familias, allí no habría mucha chica más con la que entablar relación.

El minero mulato se llamaba Diego Lobo y, a diferencia de sus compañeros coyotes, era joven y musculoso. Un tipo, como la mayor parte de los mulatos, de pocas palabras y mucho esfuerzo. Sabía cómo arrancarle riquezas a la tierra y por ello el capitán lo enviaba a Zuni Pueblo. Lobo no lo dudó ni un instante porque, entre otras cosas, no habría estado bien visto que lo hiciera. Si el capitán del presidio le pedía a un mulato que empacara sus enseres y los subiera a una carreta junto a toda su familia rumbo al mismísimo abismo, el mulato asentía con la cabeza y lo hacía. Zúñiga lo había pedido por favor y de buenas maneras, pero sólo porque aquel era el talante del capitán. Tratándose de cualquier otro, se habría limitado a dar la orden como quien se dirige a cualquiera de los soldados. Vas y no se admite réplica.

Sin embargo, a Lobo aquella no le pareció una mala idea. De Zuni Pueblo se contaban historias apasionantes que no le habían pasado desapercibidas. Un lugar colmado de oportunidades para la gente como él y de mujeres guapas sin apenas escrúpulos. Desde luego, Lobo estaba casado. Con una mujer mulata que no le iba a la zaga en cuanto a carácter y potencia muscular, pero que no parecía resultar suficiente para calmar las ansias que Lobo tenía entre las piernas. Un hombre, diablos, es un hombre. Y tiene derecho a divertirse mientras aún es joven.

Así que no lo dudó dos veces. Empacó sus cuatro cosas y transmitió la oferta del capitán, ahora transformada en orden, a su esposa. Nos largamos a Zuni Pueblo. ¿Y qué vamos a hacer unos mulatos entre tanto indio sin bautizar? ¡Están bautizados! Y son de fácil trato. Mira, vamos, nos asentamos allí durante unos cuantos años,

ganamos una bonita suma de pesos y regresamos al sur a vivir el resto de nuestras vidas sin mover un solo dedo.

¿Unos cuantos años de duro trabajo a cambio de tan espléndidas perspectivas? Toma a las dos niñas, encarámalas a la carreta y vamos hacia allá. De inmediato.

–¿Partimos de una vez? –preguntó el dragón Amézquita al alférez mientras escupía en el suelo y se rascaba el costado bajo la cuera.

El alférez Sosa no respondió. El capitán se hallaba presente y no convenía soltarle una inconveniencia a Amézquita con él delante. Partirían cuando todo estuviera dispuesto y punto en boca. ¿Acaso le parecía a Amézquita que disponían de alguna otra posibilidad? ¿No veía la sonrisa de satisfacción en los labios de Zúñiga? ¿Quería borrarla de golpe? Adelante, los dragones también podían dirigirse al capitán del presidio. No les hacía falta que nadie hablara por ellos.

–Sube al caballo –dijo, al rato, Sosa–. Montad todos.

Amézquita, Castro y Romero obedecieron de inmediato. El sol estaba cada vez más alto en el firmamento y si no partían ya, habría que dejarlo para el día siguiente.

–Tened cerca vuestras armas –añadió Sosa.

Los dragones revisaron, por tercera o cuarta vez en lo que llevaban de jornada, las armas: los mosquetes, la munición, el sable y la lanza. Todo en orden, al igual que las veces anteriores.

Por fin, el capitán Zúñiga alcanzó la certeza de que bastaba de sonrisas y de lágrimas. No le gustaban las despedidas largas, así que lo mejor era que la comitiva partiera de una vez. Que fueran en el nombre del Señor y que a él encomendaran tan largo viaje.

Un niño se puso a llorar y las mujeres de los mineros saludaron con la mano.

–¡Atención! –gritó Sosa para hacerse oír entre el murmullo general–. ¿Estamos listos?

No, no lo estaban. El capitán Zúñiga quería decir unas últimas palabras.

–Esta es una hora grande en la historia de nuestra pequeña comunidad de Tucson. Llevamos veinte años asentados en esta tierra y el momento de abrirnos a nuevos retos y a nuevas fronteras ha llegado. Os encomiendo a vosotros, en nombre del virrey de Nueva

España, que realicéis, con la ayuda de Dios nuestro Señor, esta difícil tarea. Sé que no resultará sencillo, pero sé, al tiempo, que pondréis lo mejor de vosotros para que todos obtengamos el éxito que merecemos. Partid con mi bendición y en paz.

En ese momento, Amézquita se ladeó en su montura y escupió en el suelo. No se trataba de una indisciplina ni de que menospreciara, de esta forma, el discurso pronunciado por el capitán. Simplemente había tenido ganas de escupir y escupió. Con absoluta naturalidad. Con excesiva naturalidad.

La mirada que le lanzó el alférez Sosa casi lo funde en el sitio. A él y a todas las balas de plomo que el dragón portaba en sus alforjas.